



CAPÍTULO VI

Donde se pone el discurso sobre la nobleza

SEPTIEMBRE 1.º He meditado largamente qué haré de *Génie* durante mi viaje. ¿Llevarla? Ni por mal pensamiento. ¿Dejarla á cargo de alguna de mis inmediatas parientes? Mucho menos; equivaldría á revelar que voy de viaje; me vería precisada á dar explicaciones y á poner sobre la pista á todos los chismosos que quisieran hacer catálogos tocante á mi persona. Lo único posible es dejar á la niña á cargo del licenciado Caballero y de su ínclita esposa doña Lorenza, que la cuidarán como si fuera el diamante Regente. Ya sé que circulan chismes sobre si Miguelillo, el chico mayor de Caballero, corteja ó no á la niña; pero, ¿quién hace caso de tonterías sin importancia, y, sobre todo, quién duda que si el muchacho tuviera esas intenciones (que

de mi hija estoy bien segura que no piensa en nada que no sea holgarse jugando con muñecas), quién duda, digo, que doña Lorenza pondría remedio á tiempo? No por el temor de un riesgo remoto y que casi resulta irrisorio, he de embarazarme con un obstáculo que puede traerme dificultades gravísimas.

La misma fecha. Los Olivos aceptan de mil amores el encargo de la niña: le tienen tanta ley, que me dijo doña Lorenza se habrían sentido disgustados si hubiera encargado á otra persona el cuidado de *Génie*. Me marché satisfecha, pues además de que la chiquilla quedará como en un baúl, los caseros no han consentido en recibir un solo real por la asistencia de la criatura.

— Vaya contenta, mi señora, y completamente satisfecha de que á la niña no han de faltarle ni alojamiento, ni comida, ni cuidado; pero no trate de dejarnos nada para gastos, pues el dinero puede hacerle falta. Aquí no somos pupileros, ni somos patronos, ni tenemos establecida casa de huéspedes; somos amigos de usted y deseamos servirla, ahora que podemos ayudarla en esta pequeñez, como estamos ciertos que usted nos serviría en caso necesario.

Le dí las gracias con todo el encarecimiento posible, y como hablara de la nobleza de su proceder ó algo semejante, el de los Olivos me interrumpió, diciendo:



— Vaya contenta, mi señora

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡Nobleza, señora! ¡por Dios, no llame usted nobleza á lo que apenas será cristiandad y deseo de servir al prójimo! Que la criatura nos ha caído bien, porque tiene ángel, que estamos embobados con ella, que sentiríamos que se marchara, y mucho más que usted la expusiera á los riesgos de una navegación larga y penosa; que usted se resuelve á dejárnosla haciendo caudal de nuestras personas y teniendo en cuenta nuestro buen deseo, y que, en fin, la chiquilla se queda con gusto á nuestro lado... ¿Qué hay en eso que pase de lo ordinario y que no estén dispuestas á hacer mil familias de la ciudad puestas en nuestro caso?

— Pues precisamente para tener esas ideas y ponerlas en práctica se necesita tener nobleza... No, señor don Germán, no hay que darle vueltas, noble es usted y descendiente de los nobilísimos Caballeros de los Olivos, quiéralo ó no lo quiera.

— Ya que usted insiste, señora doña Josefina, déjeme que le diga que, si bien creo en muchas cosas por la fe, no he podido todavía encontrar manera de creer por la fe en la nobleza mexicana. Prescindamos, si á usted le place, de si la nobleza es buena ó mala, justa ó injusta; no quiero meterme en tales reconditeces, porque difícilmente sabría salir de ellas. Pongámonos sólo en el caso de la nobleza mexicana, que es lo que niego, y veamos cómo es un ente de sinrazón que han inventado los vanidosos. ¿Por qué,

señora, son nobles y famosas las casas? Por el nacimiento, me dirá usted, y por la fortuna poseída y mantenida en poder de muchas generaciones. Ya usted lo sabe, el *don* sin el *din* nada vale; y para tener el don es preciso tener algo: sin elevada alcurnia, se expone el noble improvisado á cometer barrabasadas y á deshonar el título, y sin dinero á hacer lo que los príncipes italianos, que se ocupan en abrir las portezuelas de los carruajes y en cobrar *solditti* de todas las *eccellenzas* que se encuentran al paso.

¿Sangre? La sangre es el mayor elemento de vida para los individuos y para las sociedades. No me juzgue usted tan necio que llegue hasta pensar sea indiferente descender de don Pedro Terreros ó de Antonio Rojas. Pero precisamente porque tengo idea muy alta de la nobleza, no creo en la mexicana: no hay en ella ramas del viejo árbol peninsular, y por un Cervantes, descendiente de la nobilísima casa de los Velascos y emparentado con lo mejor de España, hay quinientos títulos haitianos que nada valen ni significan.

¿Dinero? Es también una gran fuerza; pero, desgraciadamente, entre nosotros no duran las fortunas en las manos de los descendientes de los primitivos poseedores, pues con el continuo trasiego de caudales se ha podido siempre decir con razón aquello de *padre minero, hijo caballero, nieto pordiosero...*

Ya sabemos cuál era el procedimiento durante la época colonial; lo dice un viejo soneto, que es el primer vagido de la literatura española en México, la primera muestra de enemistad entre criollos y peninsulares, y la primera invectiva contra los hidalgüelos sin blanca, á estilo de los del Lazarillo, que venían á suponer y á darse pisto en estas Indias:

Viene de España por el mar salobre
A nuestro mexicano domicilio,
Un hombre tosco, sin ningún auxilio,
De salud falto y de dineros pobre.

Solía ser el recién llegado gente de nervio y de acción, producto de esa raza vigorosa que conquistó y colonizó el Nuevo Mundo mientras se batía en Italia y en Flandes; y ya vendiendo géneros, ya dedicándose á la agricultura, ya en trabajos mineros, prosperaba y se enriquecía en poco tiempo. Español había que después de errar por los caminos, descansaba una noche al raso, en un agrio peñón de cualquier monte; allí encendía lumbre para cocer su pobre pitanza, y al calor de la hoguera se derretía el metal que guardaban en sus entrañas los *tenamastes* que servían de hogar á la luminaria. Entonces empezaban los trabajos y dolores, y sin saberse cómo ni cómo no, el desvalido caminante se encontraba, á vuelta de unos cuantos años, dueño de un

caudal que quizás no había soñado nunca. Ya le cercaban la adulación y el boato, ya tenía cortesanos y adláteres que ponían en las nubes la ciencia del potentado, no su amor al trabajo; su habilidad, no su buena suerte; su talento, nunca su perseverancia. Ese era el tiempo que describía el satírico anónimo:

Y luego que caudal y ánimo cobre,
Le aplican en el bárbaro concilio,
Otros como él, de César y Virgilio
Las dos coronas de laurel y robre.

Pero no bastaba sentar plaza de discreto, de talentoso, de hábil ó de rico; también había que ser noble, pues no se concebía excelencia ninguna si no se contaba con la mayor de todas, la limpieza de la sangre y lo encumbrado del origen. Se daban dos ó tres mil duros para las necesidades (que nunca faltaban) de la corte; se satisfacían los impuestos de lanzas y medias annatas; se pagaba á un genealogista que hiciera pintar un cuadro lleno de grifos, leones, cascos y divisas; y azur por aquí, gules por allá, sinople por tal parte y á veces hasta losanges y barras atravesadas, venía á constituir lo mejor de la obra. El resto lo completaban una voluminosa información en que se probaba, con el dicho de media docena de infelices, que el donante no sólo no tenía mezcla de moro ni hebreo, sino que descendía, si era preciso,

del Cid Campeador, de Pelayo ó del mismísimo Padre Adán.

Si el agraciado tenía entre sus parientes próximos ó remotos á algún Guzmán, por más que éste fuera el de Alfarache, ya se le declaraba pariente inmediato del propio héroe de Tarifa; si tenía un apellido capaz de inspirar recuerdos de cosas viejas, como Guerra, Machuca, Matamoros ó Matajudíos, sin falta se le hacía descender de algún capitán que acompañó á don Fernando el Santo á la toma de Sevilla, capitanes que, á la cuenta, deben de haber sido millones, pues casi en ninguna ejecutoria de nobleza local falta ese comodín.

Pero cuando no había capitán á quien recurrir, los linajes vizcaínos, montañeses y asturianos le hinchaban las medidas al más exigente. De ese modo en unos cuantos días, el que ayer era un pobre nacido en el arroyo, se convertía en bajá de tres colas á quien había que hablar por memorial. Y el anónimo glosaba:

Y esotro que agujetas y alfileres
Vendía por las calles, ya es un conde
En calidad, y en cantidad un Fúcar,
Y abomina después el lugar donde
Adquirió estimación, gusto y honores,
Y tiraba la jábega en San Lúcar.

Todos los títulos mexicanos (y digo todos porque dos ó tres ejemplos en contrario no prueban nada) proceden

del siglo pasado ó del actual, todos se compraron con dinero, y si hay entre ellos alguno (como el de los condes de Regla) que provenga de eminentes y gloriosísimos servicios al rey y á la humanidad, la inmensa mayoría fué dada á tenderos enriquecidos ó á mineros afortunados, que tenían tanto de nobles como el diablo de obispo.

Observe usted cómo la expedición de títulos de nobleza coincide con la bonanza de los reales de minas. Los condes de Valenciana aparecen cuando don Antonio Obregón saca doscientos y tantos millones de la mina «Valenciana»; los marqueses de San Juan de Rayas, después de la bonanza de «Rayas»; los condes Rul y de Pérez Gálvez, después de las riquezas de «La Luz», «Cata» y «Mellado»; los marqueses del Jaral y los condes de Santiago, con motivo del descubrimiento de la veta de «Urista». En fin, los Fagoagas fueron marqueses del Apartado por «Pabellón» y «Veta Negra»; los Urdiñolas, marqueses de Aguayo, por «Albarradón»; los Gordoas, marqueses de Mal Paso, por «La Luz» y «Refugio»; los Terreros, condes de Regla, por «La Vizcaína»; los Vivancos, marqueses de Vivanco, por «Bolaños»; don Angel Bustamante, marqués de Batopilas, por «Lomo de Toro» y «Pastrana»; don Jesús Salado, conde de Matehuapile y marqués de Guadiana, por «Matehuapile», y don Luis Portilla, marqués de Pánuco, por «Pánuco».

Si me dijeran que los descendientes de Cortés ó de

Sandoval, ó del mismo Alvarado eran nobles mexicanos, lo consideraría muy justo y muy debido; pero que sea noble cualquier Juan particular á quien no le debieron servicios Dios ni el diablo, no lo paso y no lo paso.

Aquí somos muy demócratas, porque sabemos que todos descendemos de la misma gente, y que pretender formar aristocracia en México es obrar como los periodistas que bautizan de aristócratas á los empleadillos y á los dependientes de Tejupilco ó de Tajimaroa, que se reúnen para beber pulque y comer *chalupitas*.

Oyendo estuve la larga peroración del Licenciado, y cuando creí que concluía le repliqué, haciéndole notar que la nobleza mexicana no era distinta de la española, que era y es la parte mejor de la sociedad nueva; que las ideas de honor y de lealtad que predominan entre nosotros, á la nobleza mexicana se deben, y algo más que no quiero poner aquí por extenso, porque sería dar importancia que no tienen á los desahogos de don Germán.

Todavía duró él hablando de que no había habido un solo noble mexicano que sirviera para algo desde que México es república; de que los nobles han venido á substituir á los captadores de dotes, y algo más que denotaba que mi amigo tenía las ideas más extravagantes sobre esta trascendentalísima materia, y me despedí de la familia para ir á arreglar lo mucho que me falta.

2 de Septiembre. Hoy tuve la última entrevista con el señor de Saligny, y llevo bien oculto el pliego de instrucciones que me entregó. «Lo abrirá usted, me dijo, en alta mar; por lo menos un día después de salir de Veracruz», y así lo haré, aunque con grandísima contrariedad, pues desearía saber qué contiene ese papel que ya me quema las manos. — «Política, me digo, cosas de política ó de negocios»; pero esta respuesta no me satisface. Si lo abriera desde ahora... pero no, hay que tener carácter y resolución. De otro modo, el diablo se lo llevará todo.

No sé por quién tuvo la policía soplo de que me marchaba; ayer estuvo Baz, gobernador del Distrito, y después de hacerme muchísimas preguntas impertinentes, me declaró que se sospechaba quisiera promoverle dificultades al Gobierno; y que si tal cosa era cierta, se me vigilaría y hasta se me pondría á buen recaudo. Vigílenme, gahnápiros, que al fin cuando quieran echarme el guante yo estaré muy lejos, y ustedes quizás más lejos todavía, porque su caída no tardará un par de meses.

También estuvo mi padraastro ¡el maldito viejo! y con mil circunloquios me hizo saber que ya se tenía noticia en la familia de que yo andaba en tratos con Moncalián, el cual es un bicho peligrosísimo y capaz de meterme en un lío de que no saldré nunca. «Ocurre contigo porque antes le mandaron con cajas destempladas, acompañado de sus millones, todos nuestros parientes cercanos ó lejanos...

Conque, cúidate y no te dejes embaucar, que puede pararte en perjuicio abrir los oídos á semejante sirena.» Le contesté con evasivas, pero diciéndole que lo de ocurrir á mis parientes no puede ser cierto, ya que la única heredera directa de Ubiarco soy yo.

Y luego pensé: ¿no serán las visitas de Moncalián las que me han traído la visita del gobernador, y no será don Juan Manuel quien me ha echado los perros?

7 de Septiembre. Mañana salgo para Veracruz; pero con el disgusto de la escenita que me promovió el maldito galán pintarrajeado. Que me adora, que no puede vivir sin mí, que se muere por mis pedazos, y no sé si también



lo de que soy su Dios, su ángel protector, su imán y su alma. Al verle arrastrarse de rodillas por el suelo de mi cuarto, sentí asco y horror, como si hubiera visto á un animalucho repugnante ensuciar el pavimento con su baba.

— ¡Basta ya, señor! le dije con furia; no deshonre sus canas con esas tonterías, haciendo el cadete y el mozuelo de veinte años. Ni le quiero ni le puedo querer... nunca, ni muerta, me habría allanado á ser su mujer; ahora, menos...

— ¿Y por qué menos ahora? ¿Sigues creyendo en las visiones del pícaro de Moncalián? Pues con tu pan te lo comas, y no te quejes si despreciado por ti, cambio mi cariño en odio...

— Señor don Juan Manuel, le declaré pausadamente y después de reirme á todo trapo: ha equivocado su merced los papeles; no es el de galán joven el que conviene á su edad; mucho menos cuadra á sus escasos bríos el de traidor que ahora trata de desempeñar; confórmese con el de barba, que es el indicado para usted... Brillará usted en él, se lo aseguro; brillará si se decide á dejarse de embadurnar con esos asquerosos potingues que le están acabando el dinero y la salud.

Y salió el viejo como perro con vejigas.



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La rana más gorda del pantano conservador

PARÍS, 3 de Octubre. Tras veintisiete larguísimos días de caminar, estoy ya en mi amado París, compendio y cifra de todas las excelencias; ciudad madre de los que piensan, gloria y encanto de los extranjeros, orgullo de los regnícolas, placer de los que gustan de la buena vida, y satisfacción de todo el mundo. En París, el entendimiento se afina, la comprensión crece y el cerebro se ensancha; el tonto se hace discreto, el discreto agudísimo, el agudo halla lugar en que lucir su habilidad, y el hábil afina y perfecciona sus facultades. No hay aquí mérito, ni hermosura, ni primor que permanezcan ocultos, y basta poseerlos para que se les